

Páramo

Paisaje estudiado, habitado, manejado e institucionalizado

Selección de textos de la Serie Páramo, órgano de difusión
del Grupo de Trabajo en Páramos del Ecuador (GTP)

Patricio Mena Vásconez · Anabel Castillo · Saskia Flores · Robert Hofstede
Carmen Josse · Sergio Lasso B. · Galo Medina · Nadya Ochoa · Doris Ortiz

Editores

Páramo

Paisaje estudiado, habitado, manejado e institucionalizado

Selección de textos de la **Serie Páramo**, órgano de difusión del
GRUPO DE TRABAJO EN PÁRAMOS DEL ECUADOR (GTP)

Edición a cargo de:

Patricio Mena Vásconez

Anabel Castillo

Saskia Flores

Robert Hofstede

Carmen Josse

Sergio Lasso B.

Galo Medina

Nadya Ochoa

Doris Ortiz



Una coedición de
ECOCIENCIA, EDITORIAL UNIVERSITARIA ABYA-YALA y ECOBONA

Octubre 2011

El **Grupo de Trabajo en Páramos del Ecuador** (GTP) es una plataforma informal, multidisciplinaria y abierta de instituciones y personas con interés en el conocimiento, la conservación, el manejo, las políticas y la socioeconomía del páramo. Desde 1997 se llevan a cabo reuniones trianuales en las que se presentan, discuten y analizan temas relacionados con los páramos en el país y la región. El GTP ha sido coordinado desde sus inicios por EcoCiencia. Los temas de las reuniones son consensuados por sus miembros, quienes hacen las presentaciones o, en su lugar, personas invitadas a hacerlo. De cada reunión se produce un número de la Serie Páramo, el órgano de difusión del grupo. La publicación de la Serie ha sido realizada en coedición con Editorial Abya-Yala desde el inicio.

EcoCiencia es una organización no gubernamental ecuatoriana fundada en 1989. Su misión es “Conservar la diversidad biológica mediante la investigación científica, la recuperación del conocimiento tradicional y la educación ambiental, impulsando formas de vida armoniosas entre el ser humano y la naturaleza”. Desde 1998 coordina el GTP y desde 1999 coedita con Abya-Yala la Serie Páramo, que es la base de esta publicación.

Editorial Abya-Yala puede ser considerada una de las mayores productoras de obras de Ciencias Sociales en Latinoamérica. En Ecuador, las publicaciones de Abya-Yala concentran el 70% de la producción editorial del país. Hoy, su catálogo alcanza más de 1.600 títulos que incluyen cerca de 4.500 artículos, de 2.000 autores, 320 de ellos indígenas. Desde 1999 ha coeditado con EcoCiencia la Serie Páramo del GTP.

ECOBONA es un Programa Regional Andino de la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación Internacional (COSUDE), implementado en Bolivia, Ecuador y Perú por la Fundación Suiza para el Desarrollo y la Cooperación Internacional INTERCOOPERATION).

Por favor cite esta obra completa así:

Mena Vásconez, P., A. Castillo, S. Flores, R. Hofstede, C. Josse, S. Lasso, G. Medina, N. Ochoa y D. Ortiz (Eds.). 2011. Páramo. Paisaje estudiado, habitado, manejado e institucionalizado. EcoCiencia/Abya-Yala/ECOBONA. Quito.

Para cada artículo:

<<Autores/as>>. 2011. <<Nombre completo del artículo>>. En: P. Mena Vásconez, J. Campaña, A. Castillo, S. Flores, R. Hofstede, C. Josse, S. Lasso, G. Medina, N. Ochoa y D. Ortiz (Eds.). Páramo. Paisaje estudiado, habitado, manejado e institucionalizado. EcoCiencia/Abya-Yala/ECOBONA. Quito.

ISBN: 978-9942-09-016-4

Diseño, edición e impresión: Editorial Universitaria Abya-Yala

Portada: cuadro “El Altar” de Luis A. Martínez (ca. 1908).

Esta publicación está disponible en Abya-Yala y EcoCiencia

GTP (coordinado por EcoCiencia)
Pasaje Estocolmo E2-166 y Amazonas
(Sector El Labrador)
Telfs. 2410781 — 2410791
gtpcuador@ecociencia.org
www.paramosecuador.org.ec
Quito, ECUADOR

Editorial Universitaria Abya-Yala
Av. 12 de Octubre 1430 y Wilson
Casilla 17-12-719
Telfs. 2506251 — 2506247
editorial@abyayala.org
www.abayala.org
Quito, ECUADOR

Presentación	7
Agradecimiento	13

SECCIÓN 1: EL PÁRAMO ESTUDIADO

<i>Introducción: El páramo estudiado</i>	19
<i>Esteban Suárez</i>	
La flora de los páramos ecuatorianos	25
<i>Susana León-Yáñez</i>	
La agrobiodiversidad en los ecosistemas de páramo: una primera aproximación a su inventario y su situación actual	41
<i>Carlos Nieto C. y Jaime Estrella E.</i>	
Los suelos de los páramos de Ecuador	63
<i>Pascal Podwokewski y Jérôme Poulenard</i>	
Hidrología del páramo: importancia, propiedades y vulnerabilidad	81
<i>Bert De Bièvre et al.</i>	
Plantaciones forestales y producción de servicios ambientales	99
<i>Kathleen A. Farley Wolf</i>	
Un análisis geoespacial y estadístico preliminar de la actividad minera en los páramos de Ecuador	113
<i>Alexandra Velástegui y Víctor López A.</i>	



SECCIÓN 2: EL PÁRAMO HABITADO

<i>Introducción: El páramo habitado</i>	129
<i>Rossana Manosalvas</i>	
Análisis de género y el manejo de páramo: una exploración de las necesidades y potencialidades	135
<i>Susan Poats</i>	
Particularidades culturales de la gente de montaña	155
<i>Jorge León T.</i>	
Las expresiones musicales en los páramos ecuatorianos	167
<i>Juan Manuel Carrión</i>	
La gestión andina de los páramos: el caso de Patococha, Cañar, Ecuador	173
<i>Marco Pichisaca y Cesario Guamán</i>	
La asociación de productores de plantas medicinales Jambi Kiwa en Chimborazo	187
<i>Rosa Guamán</i>	
Comunidad y área protegida: la experiencia de manejo de los páramos de Asaraty	195
<i>Rafael Ushca</i>	141
El turismo en Oyacachi: mucho más que aguas termales y paisaje	199
<i>Saskia Flores y Héctor Parión</i>	
La experiencia de la comuna Zuleta, provincia de Imbabura	209
<i>José Alvear</i>	

SECCIÓN 3: EL PÁRAMO MANEJADO

<i>Introducción: El páramo manejado</i>	215
<i>Bert De Bièvre</i>	
Metodologías aplicadas para el manejo y conservación de los páramos con énfasis en el agua: la experiencia de ETAPA	221
<i>Paul Turcotte et al.</i>	



Mecanismos relacionados con servicios ambientales como una herramienta para la conservación de los páramos	231
<i>Montserrat Albán</i>	
Páramos en áreas protegidas: el caso del parque nacional Llanganates	247
<i>Miguel Á. Vázquez</i>	
Una visión general del ecoturismo en los páramos de Ecuador	261
<i>Érica Narváez</i>	
El manejo social y técnico de los páramos de Quisapincha	269
<i>Amado Martínez</i>	
Experiencia comunitaria en el manejo de recursos naturales altoandinos: el caso de la Asociación Pasguazo Zambrano en la provincia de Chimborazo	277
<i>Kelvin Cueva R.</i>	
Zhincata, ¿un nuevo gran lago en los Andes?	283
<i>Patricio Mena Vásconez</i>	

SECCIÓN 4: EL PÁRAMO INSTITUCIONALIZADO

<i>Introducción: La institucionalización del páramo.</i>	295
<i>Sergio Lasso B.</i>	
El Ecuador requiere de un instrumento legal para promover la conservación de sus páramos	301
<i>Manolo Morales y Silvana Rivadeneira</i>	
Los servicios del ecosistema páramo: una visión desde la evaluación de ecosistemas del milenio	315
<i>Robert Hofstede</i>	
Los páramos ecuatorianos y el tratado de libre comercio con Estados Unidos	331
<i>Carlos Larrea</i>	
El Parque Nacional Sangay y la carretera Guamote-Macas	337
<i>Miguel Á. Acuña</i>	



La experiencia de manejo de los páramos en la Reserva Ecológica Cayambe-Coca	353
<i>Luis Martínez</i>	
<i>Colofón: El reto para la conservación y manejo de los páramos en Ecuador</i>	<i>361</i>
<i>Domingo Paredes</i>	
Editores/as	373
Índice de materias	375



Uno de los debates que alimentó el nacimiento de las ciencias sociales fue la búsqueda, a partir del espacio, de explicaciones sobre las diferencias sociales o culturales. La primera idea de raza, asimilada a la actual de pueblo, fue algo similar, no solo se refería a diferencias físicas sino también a las culturales que, se consideraba, correspondían a espacios definidos y condiciones naturales. La cultura, instituciones políticas, sociales y económicas, y los comportamientos personales y colectivos, resultaban determinados por las condiciones del medio.

En los análisis se abandonó este tipo de correlaciones. A más de no ser demostrables, en ciertos casos resultaban no ser constantes sino particularidades. Predominó, en cambio, la idea de que somos seres sociales, políticos y culturales. Los seres humanos, individual y colectivamente, somos primero creación colectiva y no biológica o geográfica.

Si bien, ahora, la importancia de las condiciones biológicas, por ejemplo, llevan a considerar que la relación con nuestro medio y herencia biológica es más compleja de lo que captamos, no por ello se llega a explicar los comportamientos individuales y colectivos solo a partir de la biología. Puede haber un nexo, sin que ello indique algún factor determinante de estos o aún más se constata empíricamente, que las personas en definidos contextos tienden a tener similares comportamien-

1 Serie Páramo 12: Cultura (2002). El artículo fue revisado y complementado por el autor en junio de 2011.

2 Investigador principal; CEDIME, Quito; jorge.leon.t@andinanet.net



tos. Esto no define, sin embargo, los aspectos decisivos de su condición y situación. No serían, por ejemplo, la personalidad o el carácter de las personas las que expliquen la pobreza creciente en las poblaciones de las montañas. En cambio, las condiciones sociales de estas poblaciones con relación al conjunto social mayor, por ejemplo, pueden permitir mayor comprensión de su situación.

Las poblaciones de montaña comparten ciertas condiciones similares y, en un buen número de casos, han ofrecido idénticas respuestas sin que ello defina ya sus características culturales. En general, se trata de tendencias culturales compartidas, sobre las cuales presentaremos una síntesis en este artículo.

Un espacio geofísico

Recalamos que, si bien la relación entre la gente y su espacio es en sí misma una respuesta cultural, no deja de sorprendernos ciertas constantes en las poblaciones de montaña. Precisamente, nos referimos a las poblaciones de montaña porque comparten un espacio que resulta ser importante para estas por los desafíos y exigencias de vida que plantea. Sin que entremos en una definición geofísica de la montaña, la que resulta, de todos modos, una opción empírica en último término, existen ciertas características que les son comunes y que se convierten en exigencias de vida y, en ciertos casos, en desafíos. El espacio, en este caso, cuenta con un aspecto social compartido por diversas poblaciones de montaña, inclusive con culturas diferentes como pueden ser las de los Pirineos o de los Alpes, con el Himalaya o los Andes.

Se trata, en primer lugar, de un espacio de *declives*. La pendiente es uno de los accidentes más sobresalientes, que implica para sus habitantes no solo las exigencias de ascenso y descenso, sino también el de moldear sus actividades al declive.

Existe, en segundo lugar, una variedad de *pisos altitudinales*, en cada uno de los cuales cambian las posibilidades de producción y eventualmente de vida, debido a la altitud, al frío o al calor, a la humedad, al ciclo del clima, etc.



En tercer lugar, la accidentada topografía da lugar a lo que, en Ecuador, llamamos los *nichos ecológicos*, esos restringidos espacios que en una definida altitud o contexto no tienen las características esperadas para su nivel, sino que, debido a ciertos accidentes geográficos, la temperatura, humedad y suelos (aluviones, por ejemplo), estas características se modifican y configuran un microclima, dando un contexto particular a este medio.

En cuarto lugar, su accidentado relieve también conlleva la existencia de múltiples *riesgos* como derrumbes, deslaves, heladas, erosión, etc.

Finalmente, uno de los aspectos del paisaje es el de fines o límites geográficos inmediatos y sucesivos, dados por el relieve de la montaña y eventualmente por la sucesión de montañas. Las características mismas de esta cortan el paisaje de planicie y configuran un límite que encierra un espacio.

Del espacio geofísico al espacio social

Según las culturas, este espacio ha sido asumido de formas diferentes. En los Andes, por ejemplo, han predominado culturas hechas en apego a las condiciones naturales; mientras que en las regiones europeas de montaña, estas han buscado su transformación. Sin embargo, llama la atención que la mayoría de las poblaciones, inclusive las indicadas, compartan varias constantes en respuesta, al menos, a las cuatro primeras características de su espacio (declives/pendientes; pisos altitudinales; multiplicidad de nichos y riesgos).

Son, entre otros, estos aspectos que convierten al espacio geofísico en un espacio social, son las respuestas a las condiciones que definen a los pueblos de montaña y no su espacio en sí. Los seres humanos, en efecto, han creado respuestas a las dificultades y exigencias que plantean estas características del espacio.

Frente a la pendiente, por ejemplo, que conlleva las escorrentías y erosión, han inventado técnicas para contrarrestar sus efectos; sistemas de cultivos con diversos diseños de surcos, o cultivos que limitan su caída y la consiguiente erosión. Además, ante las limitaciones del



espacio cultivable han configurado sistemas para utilizar más espacios (terrazas).

Existen diferencias culturales según los macizos. Para simplificar la comparación, podemos ver, en este sentido, las diferencias, por ejemplo, entre los Andes del sur (Perú, Bolivia) y los Andes del norte (Ecuador, Colombia). En los Andes del sur con más altitud, mayor declive, con accesos más difíciles, hay más desarrollo de terrazas y otras técnicas de uso del suelo que no se encuentra en el norte, o no existen sino de modo secundario. Sin embargo, insistimos que un aspecto común de las poblaciones de montaña es su búsqueda para contrarrestar la pendiente, las escorrentías y las limitaciones del espacio; con respuestas más o menos elaboradas, complejas y sistemáticas según los casos.

Frente a la diversidad de pisos altitudinales, nos encontramos con culturas que acumulan saberes sobre las posibilidades que ofrece cada uno de estos niveles para la producción agrícola, pastoreo, forestería y otras actividades humanas.

Lo mismo acontece frente a los diferentes nichos. Se ha tratado de sacar el máximo provecho a las posibilidades que ofrecen estos espacios pequeños, conjugando estaciones, captación de calor, humedad, suelo, por ejemplo. Asimismo, con el pastoreo o los ciclos de sembríos.

De modo general, pero con mayor acento en algunos casos, en los Andes y en el Himalaya, también nos encontramos con un sistema de domesticación de la naturaleza. En efecto, se logra cierto control de la naturaleza, por respeto a sus condiciones y posibilidades, gracias al conocimiento del medio.

Ante la multiplicación de riesgos con el tipo de topografía, relieve y altitud de los espacios de montaña, con heladas, derrumbes, ciclos de sequía y de precipitaciones abundantes, etc., las respuestas han sido en particular de “multiplicar las canastas”; el uso variado de espacios para no arriesgar todo en un solo producto ni en un solo lugar, además de los clásicos sistemas campesinos de conjugar la agricultura con la ganadería y la forestería u otras actividades.



Sociedad y cultura

Estas respuestas, que ya configuran un espacio definido por las actividades humanas, tienen diversas implicaciones. Se requiere tiempos para trabajos varios, largos, frecuentemente arduos por las exigencias de las pendientes y la diversidad de espacios ocupados. Las actividades implican mano de obra para estas actividades, en particular, en ciertos momentos del ciclo como acontece en las sociedades agrarias; por ejemplo en las cosechas, difícilmente puede reducirse a una o dos personas: es indispensable el aporte de varias personas. Es también importante dotarse de medios para protegerse de los riesgos, para acceder a los nichos benéficos y seguros, y a los diferentes pisos altitudinales, los que proporcionan diversos productos.

Ante estas exigencias, las poblaciones de montaña han construido diversas respuestas culturales estableciendo diferentes relaciones sociales.

Los sistemas de reciprocidad a través de diversas relaciones permiten completar roles y funciones y acceder a/o intercambiar bienes y servicios, además de roles y funciones. Gracias a aquellos sistemas, se pueden acceder a los productos de otros pisos o nichos de los que pueda tener la familia, a la ayuda de mano de obra, al curandero o a compartir una fiesta considerada importante para la vida colectiva. Las estrategias de acceso a los diversos suelos pueden ser particularmente decisivas para vivir. Estos se vuelven visibles, por ejemplo, con el sistema del “archipiélago” de tierras o con el de “control vertical”, así llamados en los Andes. Por medio del primero, se accede a tierras esparcidas en diferentes lugares como islotes, un lote en un nivel, otro en otro, un pedazo de un nicho, inclusive se conjuga la gran altura con las zonas semitropicales. En el segundo caso, se accede a una tierra contigua en diversos pisos altitudinales. Los medios para tener acceso a estos suelos varían según los sitios y épocas; la propiedad, el matrimonio, la conquista, el mercado son los principales medios para ello. La respuesta común de las poblaciones de montaña es el control de los espacios diferenciados, lo que conlleva generalmente que se trate de culturas que, a pesar del aislamiento en que han vivido muchas de ellas, tengan una visión del conjunto de espacios



desde la planicie a las alturas glaciales. Por lo general, han sido sociedades con nexos estratégicos para integrar estos diversos espacios, en una familia o en un conjunto de familias.

Por otro lado, los diversos sistemas de intercambio les han permitido acceder a recursos que de otro modo no podrían haberlo hecho: “yo te doy, tú me das”, un bien, un producto, el suelo, el trabajo o ciertos bienes culturales, etc.

Estos diversos sistemas de relaciones entre estas poblaciones se sellaban por *lógicas de obligación* que vuelven al intercambio, a la ayuda mutua, un deber y no un simple gesto voluntario. Las instituciones sociales como el parentesco o la familia sellan estos sistemas de obligaciones y derechos. El parentesco sanguíneo o ritual (compadrazgo) o el matrimonio pueden permitir que se acceda a la familia que tiene tierras (o pastos o animales, etc.) en sitios diferentes, o simplemente a la que tiene tierras (etc.) en relación con la que no tiene; o, más simplemente, el acceso a un recurso cualquiera necesario, incluidos aquellos que ayudan a establecer un nexo con el mundo externo (idioma, conocimientos de personas clave, autoridades, etc.).

Además, se trata de culturas que distribuyen a los miembros de la familia en diversas actividades. El acceso directo a actividades diversas a través de los miembros de la familia es una garantía de acceso a las ventajas de esa actividad; a más de la idea de no contar solo con unos sectores de actividad, sino de complementar las posibilidades y de frenar los riesgos sociales.

Estas culturas de poblaciones de montaña privilegian de modos diferentes los valores de reciprocidad, complementariedad y pertenencia, sin los que este sistema de obligaciones y reciprocidades no funcionaría necesariamente.

Estas culturas han construido ritos y concepciones que refuerzan la idea del espacio, la naturaleza, una idea de la montaña, de su diversidad y de la necesidad de los valores antes mencionados. No entramos, en absoluto, en consideración de las concepciones culturales sobre lógicas clasificatorias binarias, con las cuales se asignan funciones diferentes a



seres humanos, bienes y espacios existentes en diversas sociedades de montaña: arriba-abajo, frío-caliente, etc.

Bien puede considerarse como otro aspecto de las poblaciones de montaña la tendencia a concebir el mundo como organizado en el espacio inmediato, lo que origina nexos comerciales con lugares distantes. El mundo inmediato es aquel en el que se refuerzan las obligaciones y las reciprocidades; se trata del mundo en el que todos/as son útiles. Es frecuente que en las percepciones de las poblaciones de las planicies, la gente de la montaña sea considerada como desconfiada de los/as foráneos/as e inclusive encerrada en sí misma, poco comunicativa, difícil de percibir o de conocer sus posiciones. Sin entrar en detalles o en debate sobre estas concepciones, en nuestra percepción existe más bien una tendencia a pensar que las poblaciones de montaña privilegian el mundo de las reciprocidades y ponen distancia al foráneo: por ello, el sistema de obligaciones y pertenencias ha sido decisivo para la sobrevivencia.

Igualmente, otro aspecto cultural de las poblaciones de montaña se relaciona con las mentalidades. Estas sociedades, cuya sobrevivencia tendencialmente requiere esfuerzos constantes, valorizan de modo particular el sentido del esfuerzo y, en contraparte, manifiestan desconfianza del no esfuerzo. Si bien el conjunto de sociedades campesinas tienden hacia esta mentalidad, en las sociedades de montaña es generalmente definido como un valor colectivo y existen normas de castigo. Finalmente, en estas sociedades en las que el aislamiento ha sido una constante y en donde predomina ese sistema, ya señalado, de obligaciones y pertenencias fuertes, las reticencias al cambio o a expresiones que modifican este sistema son particularmente fuertes.

Hemos hecho un tipo ideal de culturas rurales de poblaciones de montaña predominantes en épocas pasadas. Sin embargo, este bagaje ha incidido en la construcción de aspectos culturales en las actuales poblaciones rurales de montaña; así como también en las urbanas y no agrícolas de estas regiones. En varios macizos persisten algunos de estos aspectos, los que adquieren otras dimensiones con los cambios socioeconómicos crecientes.



Imagen de sí e imagen de los/as otros/as

Las condiciones de la gente de montaña, con el aislamiento que les ha caracterizado en relación con los grandes ejes de comunicación abierta como los puertos, entre otros, al parecer han dejado una impronta en la imagen de sí mismos y una imagen que los demás tienen de la gente de las montañas.

Estos imaginarios se han modificado sustantivamente en los tiempos recientes, la migración tan fuertemente marcada en las zonas de montaña ha contribuido en este sentido. Son las montañas las que tienen el mayor número de migrantes internos en las diferentes sociedades actuales. Los aislamientos se rompen y se tejen múltiples y constantes nexos con el mundo externo; de hecho, es una revolución para los serranos del mundo.

En efecto, para la gente de las planicies ha sido común considerar a la gente de montaña como introvertidos, poco comunicadores, desconfiados, no francos, aguantadores de malestares y esfuerzos. Tanto en los Andes como en otras sociedades de montaña, la gente serrana de las grandes alturas ha sido percibida como tosca, burda, de reacciones fuertes. En no pocas historias y cuentos, el ser de la montaña causó pánico por su dureza y vida rústica; fue inclusive el fantasma de miedo que ayudaba a presionar a los niños para que realicen las actividades a las que se resistían. Es frecuente, en los imaginarios, que las personas de montaña encarnen el pasado y la reacción, ese organizado rechazo al cambio.

Como son fenómenos de larga duración, el cambiarlos requiere de imágenes contrastantes en períodos significativos.

En los macizos andinos, e incluso en Guatemala y México, si bien parte de estos imaginarios han predominado, las imágenes de unos y otros pueden variar según los países; es decir, según el lugar que estas poblaciones ocupan en las dinámicas de poder o de las estratificaciones socioeconómicas.

Es perceptible en estos ejemplos que las poblaciones de montaña han sido categorizadas por los “no montañeses” como formando un



todo común; es decir, como perteneciendo a una matriz cultural común. Estos imaginarios se modifican aceleradamente con los cambios vividos por estas poblaciones y con los nexos que se multiplican con las demás poblaciones. Finalmente, estos imaginarios cambian según el rol que cumplen o el espacio socioeconómico que tienen en el conjunto mayor que es el Estado-país. La misma conclusión podríamos sacar frente a la imagen que tiene de sí misma la población serrana. También esta varía y se redefine, en particular en sus dimensiones étnicas y en las características del conjunto país. Sin embargo, parece ser común el hecho que las poblaciones de mayor altura son vistas y se ven a sí mismas como las que cumplen roles culturales particulares. Podemos tomar como ejemplo el de Simiátug, provincia de Bolívar, Ecuador: un mundo hasta época reciente encerrado en sí mismo, en una serie de círculos de montañas, poblado por campesinos indígenas de un mismo origen social y cultural. La gente de Chiqui-shungo (como acontece en otros sitios de la sierra ecuatoriana (Chimborazo, Cañar, Cotopaxi) es la que pone orden cuando es llamada a realizar rectificaciones o cuando se requiere de jueces que den sanción pública a propios o extraños. En esta región, la gente de páramo es percibida como gente “brava” o de temer, quienes encarnan de cierto modo su cultura y guardan autoridad ante las demás personas. Las partes más altas, en el páramo en particular, por diversas razones han encarnado el refugio de la población indígena (“tierra propia”) ante los embates de los no indígenas como parte del conflicto étnico que les ha caracterizado. Pero ha sido, igualmente, el mundo en que se mantenían las características sociales anteriores. Los aspectos culturales que hemos descrito como un bagaje cultural de las poblaciones de montaña posiblemente tengan aplicación en estos sitios. Esto puede ahora tener contrastantes imágenes y percepciones. Es para unos una reserva cultural mientras que para otros, sobre todo para los jóvenes tan fuertemente diferenciados de sus antepasados por los cambios sociales que han vivido, es el mundo del atraso y de lo que se debe modificar.



¿Existe una cultura serrana?

Poco se ha tratado el tema a pesar de que es parte del lenguaje común: continuar caracterizando a la gente de montaña como parte de un mismo conjunto cultural, no solo en América Latina sino en el conjunto de macizos. Hemos sugerido aquí que un buen número de estas poblaciones tuvo en un pasado no muy reciente, según los casos, similares respuestas ante los desafíos que implicaba su medio. Ello ofreció un bagaje compartido para ciertos aspectos culturales de estas poblaciones. En el contexto actual, de tan acelerados cambios, convendría descubrir si persisten aspectos compartidos o si estos ya no tienen peso alguno en sus vidas sociales.

Lo que parece ser una dimensión compartida por un buen número de poblaciones de montaña es que la vida urbana está siendo configurada, actualmente, en una nueva imagen de la gente de montaña en el área rural. Constantemente se construye una imagen urbana de la montaña, cuando en las mentalidades serranas urbanas (Quito, Bogotá, Cusco, Arequipa, etc.) ser de la montaña era propio de la gente rural. En general, hasta ahora los/as serranos/as no siempre se perciben a sí mismos/as como gente de montaña; son gente de montaña sin percepción de su entorno. Posiblemente incida en esta situación la connotación rural de la gente de montaña y los prejuicios hacia ella, de la cual no quiere considerarse parte. Sin embargo, es una tendencia general urbana de la montaña en contraste con la gente de las planicies (en los países andinos el contraste ha sido con la gente de la Costa).

Convendría indagar sobre los nuevos componentes de esta percepción e identidad de gente de montaña, si existe como tal. En nuestro criterio, además, el contexto de montaña condiciona el proceso de constitución de los referentes de vida de la gente de montaña para no tener ninguna incidencia en su autoimagen o en las concepciones del espacio o de aspectos propios a su ser cultural. No es imposible que el inconsciente cultural de los habitantes de montaña, por ejemplo, tenga relación con el sentido del paisaje siempre finito, rodeado de montañas



que marcan interiores cuyos significados pueden ser múltiples pero comunes a su gente.

La construcción de lo “nacional” y la montaña

Entre los factores que están a la vez modificando y reconstruyendo una concepción de ser de la montaña es la construcción de la pertenencia al *Estado-nación*. Si bien en el caso de los estados de los Andes, que han tenido sociedades pobladas en la altura y con culturas singulares de montaña, el rol de la gente de montaña ha sido decisivo en la construcción del poder central de los diferentes Estados, su peso en la construcción de “lo nacional” varía según los países. Es nuestra hipótesis que, en general en el mundo, este proceso ha implicado un reconocimiento de las poblaciones de montaña, que en contraste con el caso que hablamos de los Andes, se trata de poblaciones vueltas minorías o discriminadas. La gente de montaña ha mantenido especificidad, y la construcción de lo nacional ha significado, claramente en Europa, el reconocimiento de una nueva imagen positiva. Perú, en cambio, se debate entre ese reconocimiento y la redefinición de lo nacional.

En resumen, ahora ocurren diversos procesos de cambio, que modifican las dimensiones culturales de la gente de montaña, pero su rol e imagen en el conjunto del Estado cambia según como se construye la idea de lo nacional. He ahí una hipótesis para ulteriores desarrollos sobre los diversos sectores de poblaciones serranas y el rol que ahora ocupan en los conjuntos mayores de las sociedades nacionales. No es lo mismo ser serrano en Perú, por ejemplo, que en Colombia o Ecuador; el peso político de los serranos en estos dos países proyecta una imagen distinta a la que tienen en Perú. Ello a pesar del hecho de que la gente de los macizos de montaña tienden también a migrar a las planicies; en los Andes, los serranos han ido a las planicies costeras como lo hicieron los serranos europeos a los valles, proceso que a la larga les ha convertido en minorías demográficas.

Así, hemos indicado que los pueblos de montaña, en sus diversos niveles de altitud, han compartido similares condiciones dadas por su



entorno y en buena parte han tenido idénticas respuestas a los desafíos que implica vivir en un hábitat serrano, lo que les ha llevado a compartir ciertas tendencias culturales. Los cambios que viven en los períodos contemporáneos y ciertos fenómenos de largo plazo —como la migración de altura a las planicies— han modificado no solo su condición en relación a sí mismos, a sus construcciones culturales sobre sí mismos, sino en relación al conjunto mayor de la sociedad. Conocer las características de cambio de las poblaciones de montaña en este conjunto mayor y en el mundo internacionalizado es un tema pertinente para comprender su situación actual y proyectar su futuro.

